

LA PALABRA

Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Daniel Abisaí

daniel_038@hotmail.es

Instituto de Biotecnología de la UNAM.

El viento del norte

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 18-21.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana

Dirección de Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

EL VIENTO del norte

Daniel Abisai

El mar color plomizo y muy bravo para la navegación estaba cerrado para los pescadores y bañistas, aunque no faltaban algunos osados... En pocas palabras, era la temporada de quedarse en casa y echar panza con un café con pan o chocolate, si es que uno no tenía nada que hacer en la calle. Era una tarde de viernes; había salido del trabajo hacia las tres y, después de hacer el trayecto de una hora desde las oficinas de la Administración Portuaria donde trabajaba, entré a casa.

El viento del norte se azotaba y adhería a las caras de la casa como si de un pulpo se tratase. Era lo normal en Antón Lizardo en los meses de invierno: mucho norte, mucha arena volando en el aire y la carretera cerrada a la altura de la zona de médanos, porque estos la invadían dificultando el acceso al pueblo al atascar los carros que transitaban por ella. El mar color plomizo y muy bravo para la navegación estaba cerrado para los pescadores y bañistas, aunque no faltaban algunos osados... En pocas palabras, era la temporada de quedarse en casa y echar panza con un café con pan o chocolate, si es que uno no tenía nada que hacer en la ca-

lle. Era una tarde de viernes; había salido del trabajo hacia las tres y, después de hacer el trayecto de una hora desde las oficinas de la Administración Portuaria donde trabajaba, entré a casa. Paola había llegado cuarenta minutos antes que yo, pues ella trabajaba en las oficinas del palacio de gobierno de Boca, y como de costumbre había empezado a hacer la comida. Siempre le ayudaba a terminar de cocinar y comíamos juntos, para después tomar café y remolonear un rato en la sala de la casa.

—¿Sabes, Cocodrilo? —la llamo Cocodrilo de forma cariñosa—, normalmente me gustan los días así.

—¿Así cómo? —preguntó volviendo su rostro hacia mí, mien-

tras estábamos acostados en el mueble más largo de la sala—. ¿Te refieres a los días de norte? ¡Ay no!, a mí no.

—Pero ¿por qué? Son días para estar así, echados, come y come.

Yo escuchaba la radio, siempre me ha gustado la radio: imaginar al locutor en cabina gesticulando mientras habla, tratar de adivinar su rostro y forma de ser solo por su timbre de voz; muchas veces lo hice y para mí fue impresionante constatar en ocasiones que el rostro que había imaginado era similar al rostro real de la persona, en fin. Paola se encontraba en la cocina preparándose un café mientras en la radio sonaba una estación de música rock de Xalapa. La frecuencia iba y venía a ratos a causa del norte. Mientras bebía el café con Paola, sentía la tristeza atenazarme el pecho y los pulmones; esa suerte de desesperación, combinada con incertidumbre y el dolor de los recuerdos que se siente como un lastre que le quita a uno las ganas de todo. Llevaba una semana así, pero me había llamado para no inquietar a Paola; se preocupa mucho por mí, creo que tiene miedo de que me suicide, pero no es el caso. Todo esto viene de un año atrás, cuando murió mi madre, el último familiar que amaba. Fue una temporada difícil, puesto que no se la llevó un paro cardíaco o algún accidente de los que fulminan sin dar tiempo al sufrimiento: se consumió entre diferentes enfermedades derivadas de la diabetes que, por lo que el doctor me explicó al ingresarla al hospital de urgencias, resultaron en un cáncer de hígado que a su vez provocó falla renal. Con un mal funcionamiento del hígado y los riñones, los niveles de urea en la sangre se disparaban ocasionándole alucinaciones, la peor parte de su enfermedad.

Era horrible escucharla gritar que le ardía todo el cuerpo, que

le quitaran de encima a los gatos, mientras inútilmente sacudía los brazos de manera torpe, intentando ahuyentar a esos *gatos* que su intoxicado cerebro creaba, alimentándose de la fobia que por estos sentía. Algunas veces solo alucinaba fragmentos pasados de su vida y me llamaba Pablo, confundiendo con su hermano, o Juan, confundiendo con mi padre. Pasaba de estar en un parque en Xalapa, una tarde de otoño, al negocio de cafetería que tuvo con mi papá. Algunas veces tuvo momentos bastante sombríos que calaron hasta mis huesos, siendo el más vívido el de una tarde en que llegué en la última hora de visitas al hospital y el piso estaba vacío de familiares de los otros enfermos. Caminé hasta el apartado donde ella se encontraba en penumbras. La lámpara que estaba sobre nosotros se había descompuesto, oscureciendo su rostro y dando un aire de desolación a la escena. Al llegar a su lado tomé su mano y ella abrió los ojos volteando a verme; había algo raro en esos ojos que otrora me habían mirado con amor y ternura. Tal vez solo fue mi imaginación o la luz tenue del lugar, o eso es lo que me repito hasta el día de hoy, pero en ese momento tuve la sensación de que mi madre ya no estaba ahí, como si su personalidad hubiese escapado de ese cuerpo. Su cabeza giró hacia mí mientras su cuerpo permanecía rígido, como si se tratase de un maniquí que aprendiera de pronto a moverse, y su mano se aferró a la mía cada vez con más fuerza; se sonrió y habló con voz queda, una voz que no era la de mi madre, una mezcla de voces:

–Ella ya no está aquí, pero nosotros sí. –La sonrisa se ensanchó más y la presión de sus uñas contra el dorso de mi mano comenzó a herirme, mientras sus ojos seguían clavados en mí.



Vacío

Comenzó a atraerme hacia ella mientras repetía en un susurro:

–Nosotros no te dejaremos, nosotros no te dejaremos.

No entendía lo que pasaba, pero experimenté una sensación de pánico tremenda, pues no podía zafarme de ella y cada vez me acercaba más a su cara. Mi cerebro mandaba señales de peligro, no parecía otro episodio de alucinaciones y la fuerza con que me atraía hacia sí no correspondía con su demacrado cuerpo; no podía respirar y, tras un último intento de zafarme, ella tiró con más fuerza y mi rostro quedó frente al suyo.

–Ella está con nosotros ahora, solo nos faltas tú. –Al finalizar estas palabras su lengua lamió mi rostro. El recuerdo de la lengua fría y áspera sobre mi piel sigue causándome escalofríos por las noches. Logré liberarme de ella ti-

rando de mí hacia atrás, mientras un grito ahogado salía de mi interior; el impulso que tomé fue tal que di de espaldas contra el suelo mientras la luz del apartado se encendía. El alboroto atrajo a una enfermera, quien me halló en el suelo con cara de horror. Mi madre yacía dormida otra vez.

Visiblemente molesta, la enfermera me preguntó qué hacía allí si la hora de visitas ya había concluido y terminó increpándome con un “este no es un lugar para hacer alboroto, puesto que hay gente recuperándose”. Le expliqué que era familiar de la señora Susana y que lamentaba lo ocurrido. Mintiéndole, le dije que, al parecer, mientras estaba sentado junto a mi madre, me había quedado dormido y había sufrido una pesadilla. Me pidió que me retirara; contemplé por última vez el ros-

tro de mi madre, que descansaba apacible. Salí aprisa del hospital. No volví a visitarla aduciendo la gran cantidad de trabajo que tenía por esas fechas. Tres días después fui informado de su deceso. Dentro de unas horas, se cumpliría un año de su muerte y el recuerdo de su pérdida aún dolía. Terminaron mis recuerdos y con ello el café.

—Iré a dormir, amor. Ando algo cansada y ya no tengo nada que hacer. Te dejé un sándwich en el refrigerador por si te da hambre en la noche —me comunicó Paola mientras se levantaba del mueble para subir a la recámara.

—No te preocupes, ve a descansar, en un rato subo. Escucharé un poco más de música. Oye...

—¿Qué pasó?

—Te amo.

Me plantó un beso y me dedicó una sonrisa antes de desaparecer escaleras arriba.

Quedé solo en la sala mientras del radio brotaba la voz de Gustavo Cerati cantando:

No vuelvas / No vuelvas sin razón / No vuelvas / Estaré a un millón de años luz.

Y el viento del norte arreciaba trayendo consigo a la noche.

Y cuando el mundo enmudece / Y las promesas engañan / Nos revolcamos en el jardín por donde nadie pasa / Del fuego vino el diluvio / La nave vuelve a partir / Y mi alimento son las cenizas de una noche larga.

Solo pensaba en mi madre y en lo mucho que aún me seguía haciendo falta; en cuánto la extrañaba, cómo deseaba que estuviera aquí, volver a verla, poder despedirme bien de ella, no lo sé, solo eran historias mías. No sé bien qué hora era, solo recuerdo que me desesperé en penumbras aún sentado en

El ventanal de la recámara que da a la calle y que está frente a mi cama comenzó a azotarse con cada embestida del norte, como si golpearan con los puños el cristal. Al mismo tiempo, la silueta de una mujer, que de algún modo sabía que era mi madre, comenzó a insinuarse con cada ráfaga de viento, hasta que fue evidente que esa silueta era la que impactaba sus puños contra la ventana...

el mueble; la radio seguía encendida pero distorsionada. Y se escuchaba la voz de Jim Morrison en jirones: “Break on through to the other side. Break on through to the other side”.

Me levanté embotado, apagué la radio y subí a descansar. Imaginé que por la hora ya debía ser sábado, un año cumplido. El sueño comenzó a abandonarme estando ya acostado junto a Paola y el recuerdo de mi madre invadió mi mente de nuevo.

El norte cesó de golpe. Fue evidente porque el rugido de este impactando la casa dejó de oírse. Al mismo tiempo, de los confines de la noche comenzó a surgir un maullido lejano; este comenzó a hacerse más fuerte, como si avanzara rasgando la noche, pero no era un maullido único... eran muchos sonando al unísono, como si una manada de gatos comenzara a formarse de a poco.

El maullido comenzó a hacerse más fuerte, cada vez más cercano a la casa, a volverse insoportable. ¿Acaso Paola no escuchaba nada? Seguía completamente dormida. Las cosas estaban adquiriendo un cariz de irrealidad; al llegar a la puerta de la casa el sonido se des hizo en maullidos mal acompasados y la noche quedó en silencio otra vez. El norte regresó, azotando la casa con más furia que antes. Paola seguía dormida, mientras el aire bufaba alrededor de la casa imitando el ruido de un motor de un auto de fórmula uno, como los que salen en televisión. Comencé a sentir terror, no era normal, no me sentía seguro. La ansiedad y el miedo atenazándome el pecho comenzaron a volverse insoportables. Traté de gritar, pero los sonidos no salían de mi boca. Intenté enderezarme en la cama para hablarle a Paola, pero mi cuerpo no respondía, estaba completamente rígido.

El ventanal de la recámara que da a la calle y que está frente a mi cama comenzó a azotarse con cada embestida del norte, como si golpearan con los puños el cristal. Al mismo tiempo, la silueta de una mujer, que de algún modo sabía que era mi madre, comenzó a insinuarse con cada ráfaga de viento, hasta que fue evidente que esa silueta era la que impactaba sus puños contra la ventana pugnando por entrar. Comencé a recordar cuánto había deseado volver a ver a mi madre, la fuerza con que lo había pedido, pero ¿a quién se lo había pedido? La desesperación se hizo incontenible. Comencé a llorar y a desear que terminara; mis pensamientos repetían que ya no quería verla, me había equivocado, al fin entendía que se había ido y me arrepentía de mis peticiones. Todo cesó tan de repente como había comenzado. Lo noté porque un gemido ahogado logró salir de mi garganta. El aire volvió

a circular por mis pulmones con normalidad y la violencia del norte cedió. Recuperé la movilidad y la rigidez en mis músculos desapareció; ya no había nada frente al ventanal, pude enderezarme en la cama. Paola se despertó y me preguntó si estaba bien; engañándola, contesté que sí y le dije que solo había sido un mal sueño. Me abrazó y susurró al oído que todo estaría bien hasta quedarse dormida nuevamente

En la sala comenzó a escucharse el murmullo de música y cierta estática que brotaba de la radio. ¿Cómo podía haberse encendido la radio por sí sola? Me tranquilicé repitiéndome que por error no había apagado el aparato, y sintiendo el miedo fluir por todo mi cuerpo me dispuse a bajar a la sala. Al llegar al último escalón me detuve y atisé toda la habitación: no había nadie, nada se movía, pero la radio sí estaba encendida; lo sabía porque las luces de la pequeña pantalla digital estaban activas y marcaban la estación que había estado escuchando.

Apagué el aparato y lo desconecté cuando a mi lado izquierdo, en el comedor, algo se movió, una pequeña sombra. Volteé rápidamente para encontrarme con un gato negro de ojos amarillos sobre el mantel de la mesa. Me observaba con curiosidad mientras su cola se movía como si tuviera vida propia. Sentí un escalofrío y todos los vellos de mi cuerpo se erizaron; tragué saliva y me dispuse a ir por el gato para echarlo de la casa. Mientras caminaba hacia la mesa intenté ahuyentarlo, pero el animal permanecía impávido. No tuve conciencia de la figura que reptaba en el techo de la sala: una figura humanoide de extremidades exageradas, que me observaba y seguía con sus ojos



Fundación

amarillos como lo hace una araña con su próxima presa. Llegué hasta la mesa y estiré mis brazos para tomar al gato en mis manos y deshacerme de él, pero mis manos se encontraron en el aire porque el animal había desaparecido en un parpadeo. Me enderecé de un brinco, dispuesto a huir escaleras arriba, cuando una mano de dedos fríos tocó mi nuca y la parte posterior de mi oreja y la voz mezclada que simulaba ser mi madre, aquella que me habló en el hospital el último día que la fui a visitar, susurró a mi oído:

–Ahora tú también ya estás con nosotros.

No era mi madre. Solo hasta ese momento comprendí que lo muerto debe continuar muerto.
LPyH

Daniel Abisaí es licenciado en Biología por la UV y egresado con mención honorífica. Trabajó un año para la Sagarpa, en el programa operativo MoscaFrut, en Tapachula, Chiapas. Actualmente, es estudiante del posgrado en Ciencias Bioquímicas del Instituto de Biotecnología de la UNAM.